

# **Seicho Matsumoto**

## El castillo de arena

Traducción del japonés de Marina Bornas

Libros del Asteroide 

## 1. Los clientes del bar Torys

### I

Cerca de la estación de Kamata había un callejón lateral. El bar Torys ocupaba un edificio estrecho cuyas ventanas estaban iluminadas. Pasadas las once, en los alrededores de la estación, la mayoría de las tiendas estaban cerradas y solo quedaban las luces de las farolas. Un poco más adelante había una calle llena de puestos de comida, con pequeños bares uno al lado del otro. Pero el Torys estaba aislado, alejado de los demás.

Tenía aspecto de bar de pueblo, y el interior era sencillo. La barra estaba nada más entrar y había dos mesitas en un rincón. Pero en aquel momento las mesas no estaban ocupadas, solo había cuatro personas en la barra: tres hombres que parecían oficinistas y una empleada de la misma empresa.

Debían de ser clientes habituales, porque el joven barman y las camareras participaban ocasionalmente en su conversación.

Los discos se sucedían sin interrupción, canciones de jazz y temas de moda. De vez en cuando, las chicas bailaban marcando el compás o tarareaban a coro.

Los clientes estaban bastante achispados. Por su conversación se deducía que habían estado bebiendo en otro local y, de camino a la estación de Kamata, habían decidido parar para tomar un último trago antes de regresar a casa.

—Tu jefe parece el perrito faldero del director general —dijo uno de los hombres, inclinándose hacia su compañero—. Cuando lo veo lamiéndole el culo constantemente, me dan ganas de vomitar. ¿Por qué no le dices nada?

—Sí, es un lameculos. ¿Qué quieres que le diga? —El otro hombre vació la copa de un trago.

—Es lamentable, es el hazmerreír de la oficina.

—Sí, y él lo sabe. Pero el secreto del éxito es hacer la pelota hasta decir basta, sin vergüenza ni miedo a lo que digan los demás. ¿Verdad, Micchan? —Volvió la cabeza hacia la chica que estaba a su lado, que tendría unos veinticinco o veintiséis años. La risa le sacudía los hombros.

—Es cierto. Según los cálculos de nuestro jefe, al director general le quedan tres años para jubilarse, y aspira a ocupar su puesto.

—A río revuelto, ganancia de pescadores. Por lo visto, para medrar es indispensable echar cuentas. Pero a nosotros todo esto no nos atañe. Por muy triste que suene, a mí me basta con salir a tomar algo todas las noches para levantar el ánimo.

El hombre desvió la mirada hacia la barra.

—Todas las noches, gracias a Dios —dijo el barman riendo, y les dedicó una reverencia.

En ese momento, la puerta se abrió y se proyectaron las sombras de dos hombres.

La iluminación del bar era tan tenue como permitía la ley. La escasa luz y la densa humareda del tabaco impedían distinguir los rostros de los recién llegados. El barman les dirigió una mirada discreta desde la barra antes de darles la bienvenida. Solo sabía que no eran clientes habituales. Las chicas también los saludaron.

Dos de los hombres sentados a la barra se volvieron hacia la puerta, pero al no reconocer a los recién llegados retomaron la conversación.

Uno de los hombres que acababan de entrar vestía un traje azul marino bastante raído, y el otro llevaba una camiseta deportiva gris claro. Como si quisieran evitar a los clientes ruidosos de la barra, se dirigieron a una de las mesitas del fondo.

Una camarera llamada Sumiko se levantó de inmediato para acompañarlos. Su primera impresión fue que el hombre del traje, de pelo canoso, tendría unos cincuenta años, mientras que su compañero, el de la camiseta deportiva, rondaba la treintena. Pero fue solo una impresión muy vaga, porque no pudo verlos bien.

Sumiko les tendió dos toallas húmedas.

—¿Qué van a tomar? —les preguntó.

—Dos whiskies con soda —pidió el hombre del pelo canoso, con un acento que no parecía de Tokio.

Más adelante, Sumiko declaró ante la Policía que enseguida se había percatado de que aquel cliente era de otra región, concretamente de Tohoku.

Sumiko le pasó la comanda al barman.

La conversación en la barra giraba ahora en torno al cine. Además, estaban hablando de un actor que a

Sumiko le gustaba, así que aguzó el oído. Mientras el barman preparaba las copas, Sumiko intervino un par de veces en la conversación, que se ponía cada vez más interesante.

—Toma —dijo el barman, mientras dejaba en la barra dos vasos con una fina capa de espuma. La chica chasqueó la lengua, contrariada, y colocó los vasos en la bandeja.

Sumiko se dirigió a la mesa y les sirvió las bebidas a los dos hombres, que hablaban en voz baja y se callaron en cuanto vieron que se acercaba.

—Eh, muchacha —le dijo el hombre joven a Sumiko, al ver que se disponía a sentarse a su lado. Tenía el pelo sucio y desgredado, y el cuello de la camiseta deportiva arrugado—. Tenemos que hablar. Déjanos a solas, por favor —añadió, en un tono algo crispado.

—Faltaría más.

Sumiko se despidió con una reverencia y regresó a la barra.

Las demás chicas lanzaron una ojeada a la mesa. Al ver que eran clientes ocasionales y que no necesitaban compañía, respiraron aliviadas ante aquel golpe de suerte inesperado y siguieron hablando de cine con los asiduos del bar.

Nadie prestó mucha atención a los hombres de la mesa del fondo. No necesitaban la compañía de las chicas y parecían enfrascados en una conversación privada. Parecían conocerse bien.

Aun así, las chicas iban echando miradas de reojo a la mesa del rincón, por si querían pedir otra copa. Pero, por muchas veces que miraran, los vasos con el líquido amarillo siempre estaban medio llenos. Si todos los

clientes fueran como ellos, el negocio estaría condenado a la ruina.

La puerta del baño estaba justo detrás de las mesas, por lo que tanto las camareras como los clientes tenían que pasar de vez en cuando por su lado. En una de esas ocasiones, Sumiko captó fragmentos de la conversación, y algunas palabras le permitieron corroborar que hablaban en el característico dialecto de Tohoku. El acento del hombre canoso era particularmente pronunciado.

Sumiko no sabía de qué hablaban, pero oyó decir al joven:

—¿Y Kameda? ¿Sigue igual que siempre?

—Sí, igual que siempre... Pero poder verte de nuevo... ¡Qué alegría!... Se lo voy a contar a todos... Se pondrán muy...

A partir de aquellas frases entrecortadas, Sumiko concluyó que los dos hombres eran viejos conocidos que llevaban mucho tiempo sin verse. Kameda debía de ser el nombre de un amigo común. También se lo dijo más adelante a los investigadores de la Policía.

Los demás clientes también tuvieron la impresión de que el mayor de los dos hombres hablaba en el dialecto de Tohoku, por los fragmentos de conversación que pudieron captar al ir al baño.

—¡Vaya! Es casi medianoche —murmuró uno de los hombres de la barra tras consultar su reloj—. Deberíamos irnos ya. Pronto van a apagar las luces.

—¡Ostras! —exclamó la chica, y luego añadió con voz pastosa—: No quiero volver a oscuras. Tengo diez minutos desde la estación hasta mi casa.

La conversación se interrumpió cuando los dos hombres se levantaron de la mesa.

—La cuenta, por favor.

¿Adónde fueron después de salir del Torys?

Ningún testigo los vio, salvo dos guitarristas ambulantes que habían estado tocando en los bares y restaurantes de la zona y que se cruzaron con ellos a unos quinientos metros del bar. Repararon en ellos porque tenían la intención de entrar a tocar en el Torys, y se llevaron un chasco al ver que los clientes ya se iban.

—Da igual, ese tipo de clientes no son de los que piden canciones —había dicho el mayor de los músicos—. No nos interesan.

—Puede que tengas razón—. El más joven de los músicos se volvió al oír las palabras de su compañero, pero para entonces los dos hombres ya se habían alejado demasiado para verlos bien.

Estaban a unos diez metros de ellos, en el callejón. A la derecha había una calle ancha y bulliciosa repleta de comercios. La calle de la izquierda, en cambio, discurría a lo largo de la valla que rodeaba la estación de Kamata. Estaba desierta. La valla era de alambre de espino. El descampado estaba lleno de hierbajos y barracones vacíos, por lo que ninguna mujer se atrevería a andar sola por ahí a altas horas de la noche. Más adelante se encontraba la zona de maniobras del ferrocarril.

Los dos hombres giraron a la izquierda.

Después del incidente, el inspector a cargo de la investigación preguntó a los músicos si los dos hombres parecían amigos o si les había dado la sensación de que estaban enfadados.

—No, no parecía que estuvieran enfadados. Estaban hablando, pero no oímos la conversación. Más bien parecían amigos.

— ¿Oyeron alguna palabra de esa conversación?

— Ahora que lo dice, creo que uno de los dos hablaba con acento de Tohoku.

— ¿Cuál? ¿El mayor o el más joven? —inquirió el inspector.

— No lo sé. Estaba muy oscuro y no les vimos la cara, pero creo que era el de la izquierda. Era más bien bajo. El hombre bajo era el del pelo canoso.

Los hechos ocurrieron la noche del 11 de mayo.

## 2

El primer tren de la línea Keihin-Tohoku tenía que salir de la estación de Kamata a las 4.08 de la madrugada. El maquinista, el guardafrenos y el revisor salieron de la sala de guardia nocturna poco después de las 3.00 para ir a la zona de maniobras. Los trenes estaban estacionados uno al lado de otro. Era la madrugada del 12 de mayo, aún estaba oscuro y hacía frío.

Cuando el joven guardafrenos alumbró con la linterna debajo del séptimo y último vagón, se quedó inmóvil, petrificado. Luego dio un respingo y, de repente, empezó a correr agitando los brazos. Fue a la cabina, donde el maquinista acababa de activar el sistema eléctrico, y gritó:

— ¡He encontrado un cadáver!

— ¿Un cadáver? — Al principio, el maquinista se sobresaltó, pero enseguida se echó a reír —: ¡Pero si el tren no ha arrancado todavía! No podemos haber atropellado a nadie. Restriégate los ojos, que estás medio dormido.

El maquinista estaba en lo cierto. Acababa de levantar el pantógrafo y poner el motor en marcha.

—No, te lo aseguro —insistió el guardafrenos, blanco como la nieve—. ¡Hay un cadáver debajo del tren!

El maquinista y el revisor, que acababa de llegar, decidieron ir a comprobarlo.

Cuando el guardafrenos, de lejos, dirigió el haz de luz de su linterna debajo del séptimo vagón, apareció un cuerpo humano bañado en sangre y tendido sobre los raíles, justo delante de las ruedas.

El maquinista se agachó para verlo más de cerca.

—¡Qué horror! —exclamó el revisor con un hilo de voz.

Los tres hombres se quedaron unos instantes en silencio, sin poder despegar los ojos del cuerpo. Entonces, el revisor dijo:

—Hay que avisar a la Policía inmediatamente. No tenemos mucho tiempo.

Faltaban solo veinte minutos para la hora prevista para la salida del primer tren.

—Ya voy yo —dijo el maquinista, y echó a correr hacia la oficina, que no estaba precisamente cerca.

—Pues sí que empezamos bien el día... —se lamentó el revisor, que parecía haber recobrado la compostura—. ¿Qué habrá pasado? Tiene la cara cubierta de sangre.

El primer tren que tenía que salir era el que se encontraba junto a la alambrada, a tan solo un metro de distancia del siguiente. El cadáver estaba atravesado en la vía, con los pies hacia el lado opuesto a la valla.

Las instalaciones estaban iluminadas por farolas situadas en unos postes altos. El lugar donde había aparecido el cuerpo del hombre era la zona más oscura, pues los trenes bloqueaban la luz.

Pateando el suelo con los pies para combatir el frío,

el guardafrenos y el revisor esperaban a que llegara alguien de la oficina.

Empezaba a despuntar el día.

Varios haces de luz se acercaron de frente al lugar donde esperaban los dos hombres. Debían de ser empleados de la compañía que habían acudido al recibir el aviso. Entre ellos se encontraba el suboficial de servicio.

El hombre se agachó para echar una ojeada bajo el tren y lanzó una exclamación de sorpresa. Los atropellos con un tren en circulación eran muy habituales, pero nunca antes había aparecido un cadáver oculto bajo un vagón en la zona de maniobras. El suboficial tomó medidas inmediatas:

—Avisen enseguida a la Policía. Que nadie más se acerque al cuerpo. El primer convoy de la mañana será el 208.

—¡Es espantoso! —comentó uno de los hombres que lo acompañaban, los cuales permanecían agachados mirando entre las ruedas.

La cara del cadáver estaba tan ensangrentada que parecía una máscara de diablo. Tenía la cabeza apoyada sobre un raíl y las piernas, sobre el otro. Si el tren hubiera arrancado sin advertir la presencia del cuerpo, le habría aplastado la cara y le habría seccionado la cadera con las ruedas.

La luz del día iba ganando terreno. Para cuando llegaron los investigadores de la Policía, las farolas de la zona de maniobras ya se habían apagado.

El inspector jefe de Homicidios llegó acompañado por ocho miembros de las divisiones de Homicidios e Investigación Criminal. Además, había cinco o seis periodistas que cubrían las noticias de la Policía. A la prensa,

sin embargo, no se le permitió acercarse al escenario del crimen.

El vagón implicado se quedó en la vía, mientras que los demás fueron desenganchados y remolcados hacia el exterior del perímetro policial. Un enjambre de investigadores pululaba sin parar en torno al vagón solitario. Tomaron fotografías, dibujaron diagramas y trazaron líneas rojas en un mapa de la zona de maniobras que les habían facilitado desde la compañía.

Cuando tuvieron bien anotados todos los detalles del escenario del crimen, retiraron el cadáver de debajo del vagón. Tenía la cara destrozada, como si la hubieran golpeado brutalmente con un objeto contundente. Los ojos se le salían de las cuencas, la nariz estaba machacada y la boca, abierta. Tenía el pelo gris cubierto de sangre.

El médico forense encargó la autopsia urgentemente.

—Es bastante reciente —dijo, agachado—. No lleva más de tres o cuatro horas muerto.

La autopsia, que se practicó aquella misma tarde en el Instituto Forense, confirmó la valoración del médico.

El resultado fue el siguiente:

Edad: 54 o 55 años; complexión delgada.

Causa de la muerte: Estrangulamiento.

Numerosos hematomas y fracturas en casi toda la cara. En las extremidades, lesiones y fracturas acompañadas de abrasiones y laceraciones.

Contenido del estómago: Líquido ligeramente espeso marrón amarillento (con alcohol) mezclado con cacahuets parcialmente digeridos. El análisis químico indica la presencia de polvos somníferos.

Conclusión: A partir de las pruebas anteriores, se deduce que la víctima tomó algún somnífero disuelto en whisky y luego fue estrangulada. Posteriormente, recibió repetidos golpes con un objeto contundente, como una piedra o un martillo.

Tiempo transcurrido desde la muerte: De tres a cuatro horas.

Tras peinar el escenario del crimen, encontraron la piedra con la que habían golpeado a la víctima en una zanja entre la estación y la calle. Medía unos doce centímetros y estaba llena de barro. Una vez lavada, en su superficie se identificaron restos de sangre adherida que coincidían con el grupo sanguíneo de la víctima.

Pronto se reveló el motivo de las abrasiones y laceraciones en las extremidades de la víctima. La alabrada que rodeaba la zona de maniobras estaba cortada en un punto. Según el resultado de la autopsia, el hombre había tomado somníferos mezclados con whisky. Cuando se durmió y dejó de oponer resistencia, el culpable supuestamente lo estranguló y lo trasladó desde la calle hasta la zona de maniobras, provocándole numerosas heridas en brazos y piernas. Después, le golpeó repetidamente la cara con una piedra que encontró cerca de allí y escondió el cadáver bajo el vagón de cola del primer tren de la mañana.

La víctima llevaba un traje barato y una camisa, su ropa no era de buena calidad. Parecía un obrero de clase media. Tras analizar sus objetos personales, la Policía no encontró ninguna pista sobre su identidad. La chaqueta no llevaba nombre, y en la camisa no había marcas de la tintorería.

Dado que la muerte se había producido tres o cuatro horas antes del hallazgo del cuerpo, debió de haber sido entre la medianoche y la una de la madrugada. En ese momento, la calle estaba completamente desierta, lo que planteaba dos posibilidades: o bien la víctima pasaba por allí junto con su asesino, quien lo obligó a entrar en la zona de maniobras y lo mató una vez dentro, o bien el asesino lo había drogado, estrangulado y trasladado en coche desde otro lugar. Esta última hipótesis era la que más partidarios tenía entre los investigadores.

En cualquier caso, el autor del crimen había golpeado con saña el rostro del hombre una vez muerto, lo que indicaba que se trataba de un ajuste de cuentas o que había intentado desfigurarle para impedir la identificación del cadáver. Además, si había tendido el cuerpo boca arriba sobre los raíles era sin duda para que su cara quedara completamente destrozada cuando el tren arrancara. Lo que no sabía era que el guardafrenos revisaba todos los vagones antes de que el tren partiera.

El equipo de investigación llegó a la conclusión de que el motivo del crimen no había sido el robo, sino que se trataba de un crimen pasional cometido por un conocido de la víctima. Puesto que la prioridad era dar con la identidad del fallecido, la Policía comenzó a recoger testimonios en las inmediaciones de la estación de Kamata. Uno de los investigadores descubrió entonces que la víctima, acompañada de otra persona, había acudido la noche anterior al bar Torys.

El personal y los clientes fueron citados a declarar. Según el barman y las camareras, los dos hombres no habían estado nunca antes en el establecimiento. Habían llegado alrededor de las once y media. Quien re-

cordaba la hora era una mujer, una oficinista que había expresado su preocupación por si perdía el último tren de la línea Mekama, que salía media hora más tarde. Por desgracia, nadie se había fijado en los rostros de aquellos hombres. Todos los testigos coincidían en que uno de ellos tenía el pelo canoso. En cuanto al otro, algunos dijeron que tenía treinta años y otros aseguraron que estaba más cerca de los cuarenta, pero otra persona apuntó que parecía mucho más joven.

Tras escuchar las declaraciones del personal, los clientes y dos músicos ambulantes que se cruzaron con los hombres una vez fuera del bar, el único dato en el que todos coincidían era que la víctima hablaba con acento de Tohoku, al noreste del país. Esto dio una pista al jefe de la investigación, que estaba desesperado por identificar al fallecido.

—¿Cómo sabe que hablaba en el dialecto de Tohoku?  
—preguntó el inspector al cargo.

—Porque reconocí el acento. El más joven, en cambio, parecía hablar en japonés estándar.

Ninguno de los testigos pudo informar sobre el contenido de la conversación, pues solo habían oído fragmentos sueltos al pasar junto a la mesa que ocupaban para ir y volver del baño.

Sumiko, la camarera, recordaba que el hombre más joven le había dicho a la víctima: «¿Y Kameda? ¿Sigue igual que siempre?».

Otra de las camareras también había oído ese nombre, Kameda.

¿Qué significaría aquella palabra? El equipo de investigación decidió centrarse en ella, pues era la única pista que tenían.

—Podría ser el nombre de un conocido común —apuntó alguien del equipo, y la mayoría estuvo de acuerdo.

Así pues, llegaron a la conclusión de que la víctima y su agresor eran viejos conocidos que, después de mucho tiempo sin verse, se habían reencontrado accidentalmente y habían entrado a tomar algo en un bar cercano. Durante la conversación había surgido el nombre de un amigo común, Kameda. Se deducía que el hombre del pelo canoso había visto recientemente a ese tal Kameda o mantenía el contacto con él, mientras que el joven no tenía noticias suyas.

Otros fragmentos de la conversación incluían frases como: «nostálgico», «desde entonces las cosas no han ido como esperaba» y «por fin me he acostumbrado a este tipo de vida». Fueron pronunciadas principalmente por la víctima, el hombre de marcado acento. Nadie oyó lo que decía el otro porque hablaba en voz baja y apagada. Además, cada vez que se acercaba alguien para ir al baño, apartaba la cara, ya fuera de forma consciente o involuntaria. Las únicas palabras atribuidas a ese hombre fueron: «¿Y Kameda? ¿Sigue igual que siempre?».

El joven que había entrado en el Torys con la víctima era el principal sospechoso. Como tenía aspecto de obrero, preguntarían en los apartamentos baratos y las posadas del distrito de Ota, en Tokio, donde se encontraban el bar Torys y la estación de Kamata.

Los periódicos de la tarde publicaron extensos artículos sobre el crimen. Si la víctima tenía familia, los parientes seguramente se pondrían en contacto con la Policía. Pero dos días después nadie se había presentado en comisaría, y el equipo de investigación que había peinado el distrito de Ota no había encontrado a nadie que pudiera identificar a la víctima.

—El hecho de que la víctima estuviera bebiendo en un bar cercano a la estación de Kamata no significa necesariamente que viviera en la zona —sugirió alguien—. La estación de Kamata es un intercambiador donde los ferrocarriles de la red nacional se corresponden con las líneas de Mekama e Ikegami, por lo que la víctima podría vivir cerca de esas líneas. Eso ampliaría el área de investigación.

—Las declaraciones de los testigos confirman que la víctima hablaba en el dialecto de Tohoku, pero ¿qué sabemos del acento del agresor? —preguntó entonces el jefe.

—El hombre que estaba con la víctima, su presunto asesino, le preguntó por ese tal Kameda. Aunque hablaba en japonés estándar, a la camarera del bar también le pareció detectar un ligero acento del noreste en sus palabras. Por el contenido de la conversación, parece probable que se hubieran conocido en algún lugar del noreste, y no en Tokio —dedujo uno de los investigadores.

### 3

La víctima tenía unos cincuenta y cinco años y parecía un trabajador humilde, tal vez un jornalero que se dedicaba a la construcción.

Los investigadores llegaron a la conclusión de que su acompañante debía de tener un trabajo parecido, pues el hecho de que hubiera entrado en un bar como el Torys demostraba que no podía permitirse un sitio más refinado.

La pista más fiable que tenían era ese nombre: Kameda.